

sus rayos mil; de los puentes
largas miradas intensas
partieron, cual otros rayos
que viesen y descubrieran...
Viraron todas las naves,
cuáles prontas, cuáles lentas,
hacia el Norte; con que pronto
quedó su línea deshecha;
por ser larga, con exceso;
quizás por hartas torpezas
de las naves, poco vivas;
de sus gentes, poco diestras.

—

Ya el Sol ganaba la cumbre
del cenit, sin él desierta.
¡Se acercaron las escuadras
enemigas...! Tal se acercan,
para luchar en los cielos,
nubes cárdenas, adversas.
Pronto se hallaron á tiro;
fuertes, altivas, coléricas...
¡Sonó el primer cañonazo,
como un rugido de fiera!
¡Con que empezó, fragorosa,
la gran batalla tremenda!

II

Como fuego que prendiesen
chispas cien mil, rutilantes,
la batalla, de improviso,
rugió por diversas partes...
¡Brilló! ¡Con fúlgidos rayos!
¡Cual si brillaran, en haces,
clarísimos resplandores
de los Infernos del Dante!

—

Pronto las ondas del humo
llenaron los quietos aires,
asfixiando, pavorosas,
á los hombres y á las naves.
Bien pronto los estampidos,
tan duros, tan formidables,
de los cañones, dijeron
todo el furor del combate.
Rápidamente, con ellos;
pronto, bien pronto, sumáronse,
voces de mando, rotundas;

imprecaciones, ultrajes;
de las campanas, las notas;
de los heridos, los ayes...
En un siniestro conjunto
de clamores discordantes;
de largas detonaciones,
por sus ecos perdurables;
mientras, en largos arroyos,
brillaba, doquier, la sangre.

—
¡ Cuáles furias, desatadas,
en tal funesto paraje;
de buque á buque, saltando;
desde los altos alcázares;
desde tantas baterías,
contrapuestas; semejantes,
por sus llamas tremebundas,
á tremebundos volcanes!

—
Ya los buques parecían,
—centros de bélicas artes,—
castillos arrebatados
por el mar en sus embates,

de cimientos bien rocosos,
de las rocas de sus márgenes,
por que dejaran las tierras
y defendiesen los mares.
Ya, separando las ondas
del humo denso, tan grandes,
enormísimos, bravísimos
y coléricos Titanes...
Ya, por fin, los mismos buques,
agrandados por instantes;
adquiriendo, descubriendo
proporciones colosales;
cual si las bordas, tan fuertes,
de súbito se ensanchasen;
cual si crecieran, de pronto,
desmesurados, los mástiles...

—
Miró *Villeneuve*, aprisa,
desbaratados sus planes;
comprometidos sus buques,
en fieras luchas parciales;
sufrió con la torpe falta
de *Dumanois*, tan cobarde;
sintió contrarios los vientos,
por ser contrarios, fatales;

comprendió, con loca angustia,
 cuál los torpes tripulantes
 de sus barcos se entregaban,
 por torpes, á los azares
 de la Suerte; vió deshechas
 por el Inglés las falanges
 de su escuadra, desvalida
 del alto poder de Marte;
 con ser las unas tan fuertes
 si las otras tan audaces,
 y el mismo Dolor, tan vivo,
 tan agudo, tan constante,
 le privó, traídoramente,
 de sus últimos arranques...

—
 Y entonces rindió su enseña,
 la del corso Bonaparte;
 bien á pesar de sus águilas
 orgullosas é imperiales.
 Así la Tarde que expira
 renuncia á vanos alardes,
 cuando la Noche que llega,
 por que sus luces acaben,
 apaga con sombras tristes
 luces turbias, ya fugaces.

Estampidos de mil truenos,
 que mezclados resonasen;
 claridades imponentes,
 pavorosas claridades
 de rayos mil, anunciando
 nuevos, mayores desastres,
 en hora tal conmovieron,
 con nuevas furias, el aire;
 por que se vieran mayores
 y más apretados trances;
 por que viesen más angustias
 las dos Armadas rivales.

—
 El *Aquiles* (desgarrado
 por los fortísimos gases
 de tremendas explosiones),
 tal como roto gigante,
 voló, de pronto; con tanta
 rapidez, con fuerzas tales,
 cual si alumbrara, por obra
 de Satanás, tempestades;
 cual si llevando consigo
 larga copia de huracanes,
 los libertara, de pronto,
 ; desde la boca de un cráter!...

En tanto, contra seis buques,
por ser ingleses tenaces,
el *San Juan Nepomuceno*
luchaba... ¡Doliente imagen
de insigne valor!... ¡Testigo
del gran valor indomable
de Churruca! ¡Gran ejemplo
para futuras edades!
¡Largas historias lo muestren!
¡Vates insignes lo ensalcen!

Débil, postrado, muy luego
por sus heridas exangüe,
marino tal,—¡oh, Churruca!—
no desmintió su linaje
ni un momento; con que al cabo
ganó las palmas del mártir.
Mientras sintió sus alientos,
para valerle capaces,
ni cerró sus claros ojos,
ni rindió su noble nave...

En vano el triste navío,
ya sin gobierno, quebrábase;
muertos y muertos llenaban
rojas cubiertas en balde,
y en vano sólo el trinquete
vivo mostraba su mástil,
bajo las alas partidas
de su rasgado velamen.
¡Nada sufro! ¡Siga el fuego!
¡Nadie ceda! ¡Nadie! ¡Nadie!
dijo en tanto, ya sin vista,
sin fuerzas, ¡agonizante!,
Churruca... Las ansias puso
de sus postreros afanes,
en su dulce compañera;
—¡fué convertirlas á un ángel;—
¡y en su patria!, ¡tan doliente,
tan hermosa, no distante...!
¡Y en Dios! ¡Y rindióse muerto!
¡Sin desmentir su linaje!
¡Sin que cerrara sus ojos!
¡Sin que rindiera su nave!

Donde lucharon,—poniendo
las almas en los semblantes,—

gentes del mar españolas,
 marineros y oficiales,
 —¡ valerosos los grumetes
 si bravos los Almirantes!,—
 pudieron mirar los cielos
 grandes escenas iguales;
 bajo los mismos gloriosos
 pabellones y estandartes.

—

Todo en vano. La Victoria,
 como la Suerte, mudable,
 rindió su laurel á *Nelson*;
 mas, ¡ ay! que no sin cobrarle,
 con alto precio: ¡ su vida!,
 fortuna tan admirable.
 Como hogueras, como antorchas
 con chispas mil por remate,
 buques vencidos ardían,
 temblorosos de coraje;
 por tanta luz deslumbrados;
 no guardados, ya, por alguien...
 Gravina, con varios otros,
 pudo escapar hacia Cádiz.
 Alcedo murió, con honra.

Rindióse también, exánime,
 Galíano... ¡ Cielos puros,
 hoy les otorguen, amables,
 pues en guerras padecieron,
 las venturas de sus paces!

—

Y al cabo, también sangrienta,
 murió, temblando, la Tarde;
 viendo, con trágicos ojos,
 entre llamas, sobre sangre,
 ¡ renovados!, ¡ por influjos
 de potencias infernales!,
 ¡ todos los vivos horrores
 de los Infiernos del Dante!

—

III

Bien lo dijo vate insigne.
 No dispensa sus favores
 la Suerte, con mano fácil,
 á los héroes y naciones.
 Bien lo aprendieron, sin duda,
 mirando tales horrores,
 tantos heroicos marinos,
 bizarros por españoles.
 Bien, los marinos franceses,
 bizarros también y nobles,
 aunque pecaran por ciegos,
 aunque muriesen por torpes.

Indignada, por que viera
 tantas maldades entonces,
 pues cambian las iras locas
 en tigres á muchos hombres,
 la mar agitó sus senos,
 con densas olas enormes;
 con que las cuitas de todos
 fueron, por ellas, mayores.

El viento rugió, de espanto,
 con altas, rabiosas voces,
 y en tal punto por los cielos
 llegó sobre el mar la Noche ...

Flotaban entre las olas,
 maltrechos por los furores
 del combate, los despojos
 y los restos, multiformes,
 de muchos buques: pedazos
 de muchos recios balcones,
 lanchas rotas, masteleros,
 trozos de palos, feroces,
 —pues batidos por las olas
 desgarrábanlas á golpes,—
 portas, escotillas... Mientras,
 aún clamaban los cañones
 de algunos tercios navíos:
 ¡ como bravos, los mejores!
 Otros, ya lejos, pasaban
 destrozados y á remolque,
 sin que la bruma y el humo
 dejaran saber sus nombres...

Otros las sombras hendían
 como fantasmas insomnes,
 vagando al azar, perdidos
 en las olas y en la Noche...

—

¡Ah, la Noche temerosa,
 cuán preñada de terrores,
 que escuchó desde los aires
 tantas fieras maldiciones!
 ¡Ah, sus iras desatadas!
 ¡Ah, sus vientos, cuán veloces!
 ¡Ah, cuán turbios y tupidos
 y enlutados sus crespones!
 ¡Ah, sus acentos, en ráfagas
 de sollozos y clamores!

—

¡Ay de las víctimas tristes!
 ¡Por víctimas, todas pobres!
 ¡Ay de Churruca y Alcedo,
 tan altos y fuertes robles,
 por furias ciegas heridos,
 por sendos rayos traidores!

¡Ay, de *Nelson*! No las brumas
 espesísimas de Londres,
 desgarradas por las luces
 de sus barcos vencedores,
 le vieron, de mil laureles
 cercada la frente noble;
 marcial, apuesto, bizarro;
 ¡por gracia del Triunfo, joven!
 ¡Cuántos, en tan breves horas,
 amarguísimos dolores!
 ¡Y ay de todos los que hubieron
 en tantas rudas acciones,
 en tal batalla tremenda,
 pasmo bien pronto del orbe,
 el fin solemne, sublime,
 que á los bravos corresponde!
 ¡En la Gloria, donde vivan,
 perdure su gran renombre!

—

No perduren, mientras tanto,
 los odios y los rencores
 que tantos males engendran
 para pueblos y naciones;
 pardas nubes, tormentosas,
 que en rayos tan vivos rompen.

Nos den al cabo, los Cielos
 sus más piadosos favores;
 con que la aurora más bella
 rasgue al fin el horizonte;
 con que luzca, al fin, en nubes
 de refulgentes colores,
 como Diosa que reparta
 desde los Cielos sus dones,
 la Eterna Paz; por que vivan
 los pueblos todos acordes.

—

¡Las guerras, para los tigres,
 que con guerras se destrocen!
 ¡La Paz, tan dulce, tan pura,
 tan buena, para los hombres!

¿QUIÉN VA?

La Luna llena de su luz se engríe.
 La quieta mar sonríe...
 Me llaman. ¿Desde tierra? ¿Desde el mar?
 ¿Quién me puede llamar?
 Estoy, á solas, en feliz retiro.
 ¿Quién me puede llamar? ¡A nadie miro!
 Ni en la playa segura, ni en el mar.

—

En silencio profundo
 yace la mar, por la tranquila rada;
 duerme la tierra, bien asesegada;
 duerme, feliz, el mundo.
 Siento apenas levísimo rumor.
 El del agua serena
 que va puliendo la menuda arena
 de la playa feliz, con tanto amor...

¡ Me llaman otra vez! Dios soberano,
 ¿quién será?, ¿quién será?
 Miro de nuevo, pero siempre en vano.
 ¿Quién va? ¿Quién es? ¿Quién va?

—

De pronto, por los rayos de la Luna,
 bajan y suben sombras inquietantes.
 Animas son, que gimen sin fortuna...
 Bajan, suben; aumentan, por instantes.
 Animas son de náufragos, ¡errantes...!
 Tristes ánimas son.
 Unas dicen tristísimos dolores,
 otras buscan amores,
 otras piden perdón...

—

¡ Me llaman otra vez! Dios poderoso,
 ¿quién será?, ¿quién será?
 ¿Quién turba mi reposo?
 ¿Quién va? ¿Quién es? ¿Quién va?

Siendo joven, muy joven, casi niño,
 cierta beldad me amó.
 Poco gusté de tan feliz cariño.
 Poco después el mar me lo robó.

—

Tan hermosa doncella,
 purísima si bella,
 víctima fué del mar.
 En alta mar murió. Perdí, con ella,
 cuanto pude soñar.

—

Por los rayos tranquilos de la Luna,
 nuevas sombras discurren inquietantes...
 Animas son, que gimen sin fortuna.
 Bajan, suben; aumentan por instantes,
 y acrecen mi dolor.
 Unas piden clemencia;
 clemencia, por piedad. En mi presencia,
 piden otras amor...

—

¿Cuál me llama, Dios Santo?
 ¿Cuál será? ¿Cuál será?
 ¿Cuál me transmite su dolor, su espanto?
 ¿Sueño tal vez? ¿Quién va?

COMO LA CULPA, LA PENA

I

PECES AL SOL

Mientras el aire de la mar respiro,
 bajo las ondas, puras, transparentes,
 y á los rayos del Sol, en cien torrentes,
 peces mil, mil y mil, miro y admiro.
 Llegan y tornan, en constante giro,
 cual si brotaran de vecinas fuentes.
 ¡Cuán bellos á la vez, cuán diferentes,
 y cuán gozosos en su mar, los miro!
 Mas, ¿qué ocurre? Ya escapan, asustados;
 como chispas huyendo de la fragua,
 por leves, por brillantes, por dorados.
 ¡No es mucho, no, que la visión se borre...!
 Un ligero delfín, rasgando el agua,
 contra los peces, que lo vieran, corre.

II

JUNTA DISUELTA

Por claros senos de la mar, profundos,
 recios delfines de improviso llegan.
 Saltan, se encogen, se retuercen, juegan;
 pasan, tornan, y giran, errabundos.
 En claros senos de la mar, fecundos,
 sosiéganse, por fin, y se congregan.
 Y en charla simple, de la luz reniegan,
 como del bien los hombres en sus mundos.
 Mas, ¿qué miro? Ya escapa, ¡cómo escapa!,
 la turba revoltosa, tan altiva,
 tan maldiciente de la luz, tan guapa.
 ¡Ya escapa con terror! ¡¡Quién la detiene!!
 ¡Un *submarino*, como flecha viva,
 contra el paraje que ocupara viene!

EL CANTO DE LOS PESCADORES

(Imitación de Augusto Brizeux.)

En una barca pescadora
van tres ancianos marineros,
los tres cantando para sí.
Cantan así los pescadores,
con un anciano sonsonete...
Cantan así:

“¡ Ah, qué hermosura, navegar !
Con cielo claro, vale el Mar
por lo que vale la Montaña.
Aunque descargue la tormenta,
gran esperanza nos alienta,
porque Jesús nos acompaña

*Jesús camina sobre el mar.
Ve, mi barquilla... Marcha en paz.*

”Santos insignes, pescadores;
del hondo mar con los furores,
ó en el misterio de sus calmas:
¡ oh, vuestras pescas portentosas !
En vuestras redes, milagrosas,
también entraron muchas almas...

*Sobre las ondas marcha Dios.
Ve, mi barquilla, sin temor.*

”Ellos le vieron avanzar
hacia sus playas, sobre el mar,
como un celaje puro y vago.
Mostraron todos su alegría.
San Pedro, en tanto, repetía:
“¡ Sálvame, oh Dios! Ve que naufrago.”

*Jesús camina sobre el mar.
Ve, mi barquilla... Marcha en paz.*

"Pedro Simón: en tu barquilla
habló Jesús hacia la orilla,
para la turba, tan piadosa.
Después las redes se rompieron
de tanto pez como trajeron.
¡Oh, larga pesca, milagrosa!

*Sobre las ondas marcha Dios.
Ve, mi barquilla, sin temor.*

"Sobre tu barca bien dormía,
bajo la luz de un turbio día.
Tormenta dura te espantó.
Jesús alzóse con tu espanto.
Le dijo al mar: "¡No rujas tanto!"
¡Y el fiero mar enmudeció!

*Jesús camina sobre el mar.
Ve, mi barquilla... Marcha en paz.*

"El bravo y noble pescador
que en su barquilla ve al Señor
ya logra siempre bien y medro.
Sin viento alguno que la espante,
siempre feliz, siempre adelante,
va la barquilla de San Pedro.

*Sobre las ondas marcha Dios.
Ve, mi barquilla, sin temor.*

"Oh, buen Jesús; oh, buen amigo
del pescador: ven, ven conmigo,
sobre mi barca, sobre el mar.
Ven, con Tu diestra en el timón,
y da á mi red Tu bendición...
¡Por ella viven en mi hogar!

*Ve, mi barquilla, sin temor,
porque es Jesús quien va al timón."*

ADIOS AL MAR

Con Dios te queda, noble mar. Me alejo
de tus costas amigas, nuevamente.
Marcharé, con el último reflejo
del magno Sol. También hacia Poniente.
Con Dios te queda, noble mar. Un día,
requerí, de tu amor, luz y alegría;
paz, en hartos pesares;
alivio de mis lágrimas... á mares.
Cumplidas me las diste.
Siéntome ya más fuerte.
¡Ya no suspiro, desvelado y triste!
¡Ya no pienso en la Muerte!

—

Ya, por ti, recobré vigor y aliento.
No sufro más, ni lloro.
Bienes disfruto de tu gran tesoro:
salud y fuerza, decisión, contento.

—

Gracias, oh, mar; oh, mar de mis amores.
Ya, por ti, no me acaban los rigores
de mis largos dolores.
Ya, por ti, la esperanza redentora
de nuevo en mí florece...
Ya, por ti, bien parece
que mis penas terminan... Grata aurora
me da su luz, que sonrosada crece.
Para el alma que implora
luz, amor y consuelos, ya amanece.

—

¡Gracias, oh mar! ¡Perdure
tanto bien, que me anime!
Con su bien, asegure
la Fe que me redime.
Por que el alma feliz, ya redimida
de tanto afán, de tan amargo duelo,
resurja á nueva, deleitosa vida.
Pensando en Dios la anhelo.
¡Con Fe! ¡Con viva Fe! ¡Mirando al Cielo!

.....
.....
.....